



el EN GRA NA JE



H.S. THELS



Habitualmente solía decir: «Hola, Carroll, cariño, ¿cenamos juntos esta noche?». Pero en aquella ocasión no dijo nada de aquello, tal vez porque todavía se encontraba perturbado por el rostro ovalado de la chica que había visto en el ascensor XII. Comentó sucintamente: —Qué mal tiempo, ¿eh, Carroll? Y realmente hacía mal tiempo, aunque no hubiese modo de saberlo en aquel departamento de información de la Grahan-Engine. Se requerían quince minutos para abandonar el edificio, después de sortear los pasillos, hacer carreras con los ascensores y descender las doce plantas sin ningún tropiezo eléctrico.

EL ENGRANAJE

H.S. THELS

I

Habitualmente solía decir: «Hola, Carroll, cariño, ¿cenamos juntos esta noche?». Pero en aquella ocasión no dijo nada de aquello, tal vez porque todavía se encontraba perturbado por el rostro ovalado de la chica que había visto en el ascensor XII.

Comentó sucintamente:

—Qué mal tiempo, ¿eh, Carroll?

Y realmente hacía mal tiempo, aunque no hubiese modo de saberlo en aquel departamento de información de la Grahman-Engine. Se requerían quince minutos para abandonar el edificio, después de sortear los pasillos, hacer carreras con los ascensores y descender las doce plantas sin ningún tropiezo eléctrico.

—Llueve —admitió ella—. ¿No es fascinante?

Steve se dejó caer en el sillón giratorio y trató de olvidar por unos momentos todo el papeleo que se amontonaba sobre la mesa.

—¿Qué me dices de una chica de pestañas sintéticas que frecuenta el ascensor XII, Carroll?

—Steve, amor, ¡qué manera tan odiosamente original de identificar a una mujer!

Por un momento Steve Lunch la miró con fijeza. Luego prefirió mirar descaradamente las piernas de Carroll. No habían cambiado. Después de diez años no habían cambiado en absoluto. Carroll Mills era el tipo de mujer que podía enorgullecerse de ser lo que era con sus treinta y cinco años.

—¿No conoces su número?

Carroll era rubia, aunque Steve sabía lo caprichosamente que cambiaba el color de su pelo. Nunca había conocido el color de sus ojos. Eso continuaba siendo un misterio y Steve se sentía muy poco inclinado a descubrirlo.

—No conozco su número —rezongó.

Se sentía malhumorado sin saber por qué. Quizá porque llovía afuera, en la Broad Street y él aborrecía la lluvia.

Recibió una sonrisa desconcertante desde detrás de la mesa que ocupaba ella.

—Encanto, ya sabes lo difícil que resulta encontrar a alguien en una colmena de cinco mil empleados.

Steve asintió. Claro que sabía lo complejo que hubiera resultado aquello en la Grahan-Engine. La próxima vez miraría el número de la joven de las pestañas sintéticas.

Afortunadamente, como jefe de uno de los departamentos de información, había conseguido convencer a Grahan que él no era un robot para llevar rotulado en la manga uno de aquellos antiestéticos números.

Oh, aquella había sido una gran discusión. Pero Mel Grahan había acabado cediendo, cuando Steve mencionó la Clasyus Robótica. Grahan no quería perder un hombre eficiente y abandonó la partida.

Luego había vacunado a Carroll contra las matemáticas, obteniendo otro punto positivo. Más tarde le imitaron algunos de los jefes de departamentos. Cryon, de Distribución; Maxwell, de Inspección, y algún otro. Pero la mayor parte había optado por adoptar el número.

De cualquier modo los argumentos de Steve respecto a las cédulas de identificación habían sido tajantes: ¿Qué diferencia había entre un robot y un hombre, ambos con su número correspondiente?

Había llegado a la conclusión de que no había ninguna.

—Olvida a esa chica, Carroll. Creo que otro día tendré más suerte.

Inmediatamente después atrapó el ejemplar del *New York Times*, sorteando velozmente las páginas deportivas.

Escuchó la voz flexible de Carroll mientras descolgaba uno de los teléfonos.

—¿Sí?

Steve se detuvo ante los titulares que anunciaban la nueva candidatura de los Estados Unidos.

—Desde luego, señor Dolman. —La voz de Carroll seguía siendo flexible—. Un *service-robot* es tan eficaz como cualquier otro tipo de robot. Pero no podrá ayudarle en un trabajo intelectual. No, en ese caso necesita usted un *mind-robot*.

Steve descartó enseguida a Jack Simone. Titubeaba al hablar; eso y que se llamara Jack eran dos puntos negativos en contra. Jack era un nombre demasiado popular. De nada le iban a servir sus buenos antecedentes como gobernador de Ohio.

—¿Que cuál es la diferencia entre un *service-robot* y un *mind-robot*? Bueno, señor Dolman, le diré que un robot de servicio solo realiza trabajos manuales, mientras que un robot cerebral es... es todo lo más parecido a una persona. ¿Entendió? Richard Barnett.

Steve Lunch consideró detenidamente la personalidad de Barnett. Podía resultar un buen elemento, debido a sus condiciones de oratoria. Pero en su opinión, Barnett había cometido un error.

—Por supuesto que le aconsejo un *mind-robot*, señor Dolman, aunque eso eleva considerablemente el presupuesto... ¿Que no le importa? Correcto, señor. Notificaré su pedido. De cualquier modo puedo remitirle algunos folletos publicitarios sobre las máquinas de la Grahan-Engine...

Sí, Barnett había cometido un error indisculpable. Era un maldito separatista.

Steve sonrió maliciosamente.

Barnett tropezaría con un partido de oposición de dos millones de hombres de color. Quizá más. Quizá más y toda su filosofía se iría al diablo. Los periodistas lo aprovecharían para despedazarlo públicamente.

—¿No tiene tiempo para leer nuestros prospectos...? Bien, señor Dolman, yo tampoco tengo el ocio suficiente para recitárselos. ¿Qué le parece si envío a un representante? ¿Puede comunicarme una hora adecuada?

Steve permaneció ceñudo ante la fotografía. Aquel hombrecillo era Stanley Winocour. Se había presentado como candidato del estado de Arkansas. La prensa apenas comentaba su vida. Prefería recordar la cerebral capacidad de Winocour, sus manifestaciones que hacían aullar a las masas.

¿Probable candidato?

Steve tragó saliva y llegó a la conclusión de que Winocour no gozaba de sus simpatías. ¿Por qué? Eso quizá lo sabría algún día. Ahora se encontraba realmente desconcertado.

—... No, señor Dolman. No formo parte del equipo de representantes publicitarios de la Engine-Grahan... ¿Cómo?... No, me temo que no podré recibirle aquí. ¿Se interesa realmente en comprar un robot, señor Dolman? Winocour.

Steve se había preguntado anteriormente cómo aquel hombrecillo había llegado tan alto. Demasiado alto en su opinión. Demasiado alto teniendo en cuenta su aspecto macilento y las arrugas que afeaban su rostro. Winocour no tenía presencia. Eso era lo que pensaba Steve.

—... Correcto, señor Dolman. He tomado nota de su dirección. Estamos a su disposición. Buenos días.

Pero había algo que Steve no había pensado. Se trataba de la personalidad de Stanley Winocour. De un modo u otro había logrado excitar a la gente. Steve ignoraba el modo. Pero los síntomas eran elocuentes y se estaba llevando la palma de oro con su campaña electoral.

—Steve...

Era muy simple adivinar que, si Jack Simons y Richard Barnett no hacían algo por recobrar el equilibrio, aquel Winocour ostentaría en dos semanas el cargo de Presidente de los Estados Unidos.

—Steve, cariño...

Lunch apartó a un lado el periódico.

—¿Eh?

—¿Ocupa el señor Dolman alguna casilla en nuestro archivo?

—¿Dolman? Hummm... No. ¿Por qué?

—Un probable cliente. —Carroll le enseñó sus dientes en una sonrisa cotidiana—. Parece interesarse por un *mind-robot*. Pero opino que necesitamos ayudarle a decir que sí antes de que cambie de opinión y se vaya a la Clasyus-Robótica.

Steve afirmó sin interés. Pensaba en Winocour.

—¿Quién podría convencerle de eso, Steve?

—Déjame pensar... Bryan. Bryan vendería cualquier tipo de robot. Sabe cómo hacerlo.

Carroll adoptó una aptitud pensativa.

—¿Bryan? Bien..., creo que un agente femenino tendrá más posibilidades que Bryan. Lo mejor será que me ocupe yo del asunto, Steve. Es decir, no personalmente.

Lunch observó cómo se dirigía hacia su mesa y de algún modo le recordó a la muchacha de pestañas sintéticas. Diabla, la próxima vez imprimiría el número en su cerebro.

Bostezó.

Momentos después se había inclinado sobre el escritorio y clasificaba velozmente los pedidos. Parecía sencillo: pedidos probables, pedidos improbables. Pero Steve conocía la filosofía de Grahan: «Ninguna venta es irrealizable. Todo el que pregunta por un robot es porque quiere comprar un robot».

Así era.

Cuando alguien sentía curiosidad por el rendimiento de cualquier tipo de mecanos —así los llamaban, despectivamente—, no se le soltaba fácilmente. Antes debía recibir un bombardeo de folletos y la visita de los agentes.

Lo que Grahan quería era vender robots. Le importaba muy poco saber si los guardaban como adorno. Mel Grahan llevaba haciendo aquello veinte años; veinte años peleando con la Clasyus Robótica; veinte años desde que empezó con los elementales *information-robot*. Ahora podía presumir con los robots cerebrales y antropomorfos. En los trabajos intelectuales resultaban tan eficaces como los mejores hombres, con la virtud de que nunca padecían aflicciones de cualquier tipo.

Ahora podía presumir, en el año 2099, de poseer la Grahan-Engine de quince plantas, con más de cinco mil empleados y cientos de robots de todos los tipos.

Steve sabía eso muy bien. Lo había aprendido a lo largo de diez extensos años.

—Steve...

—Dime.

Carroll se aproximó. Era una buena chica. A Steve le importaba poco que perteneciera a la Liga de Emancipación Femenina. Incluso comprendía su punto de vista.

—¿Has abierto una ficha para el señor Dolman?

—Lo olvidé —dio un salto y se colocó ante el fichero de líneas atrevidas. Enseguida obtuvo la D—. ¿Dolman has dicho?

—Sí —le dio la dirección—. He arreglado lo del representante. Nancy se ha ofrecido como voluntaria.

—Nancy, Nancy... —repitió Steve—. ¡Oh, sí!

Por supuesto que sabía quién era. También estaba adherida a la Liga de la Emancipación Femenina. Pero además se obstinaba en no llevar tacones, en fumar tabaco negro y hasta hacía ensayos literarios.

A Steve le asustaban aquellas mujeres. Nancy. Hummm...

—¿Qué opinas de Winocour, querida?

Ella mantuvo la cabeza erguida. Luego rompió su seriedad con una sonrisa.

—¿Opinar? Bueno, no sabría decirlo. Personalmente no me gusta. Resulta...

—Desagradable.

—Desagradable, sí. Pero por otro lado aprecio su diplomacia. Imagino que es el único que ha sabido atraerse la simpatía de los diversos partidos. No es un segregacionista como Barnett —suspiró—. Ni tiene los ojos tan fascinantemente azules como él.

Steve parecía desalentado.

—Nena, olvida el atractivo físico de Winocour.

Steve parecía desalentado.

—Querrás decir el poco atractivo físico de Winocour. Steve, cariño, no entiendo lo suficiente para darte una opinión positiva. La política no es para mí. O yo no soy para ella. Pero de todos modos te voy a decir algo: muchas mujeres votarán por Richard Barnett y sus dichosos ojos azules.

Steve resopló.

—Admitido, admitido. Pero Barnett tiene una oportunidad entre diez de superar a Winocour. ¿No lees los periódicos? Winocour hechiza al público. Dicen que es sencillo, agradable, diplomático. ¿Quieres que añada más adjetivos, nena?

—No serviría de nada, Steve.

—De acuerdo. —Steve pareció calmado—. No serviría de nada. Claro que no. Winocour llenará las urnas con sus votos. Ya ves. Un tipo desconocido de Arkansas. Nunca podré mirarle como a un Presidente.

—Pero ¿por qué te molesta tanto?

Se encogió de hombros. Inmediatamente después se levantó. Hubiera podido ser un hombre corriente, si su rostro no resultara atractivo y tuviera la altura adecuada para parecer alto. Disimulaba bajo sus cabellos y ojos negros cuarenta años.

—¿Molestarme? ¿Por qué había de molestarme? Pero, si suprimimos la política, las carreras de caballos y las chicas como tú ¿de qué diablos íbamos a hablar?

—Oh, Steve, si Grahan descubre tu poco interés por los robots, me temo que tendrás que irte a la Clasyus Robótica.

Lunch la miró fijamente.

—Si cometiera ese error, demostraría ser el tipo más re-matadamente tonto de todo Nueva York. Pero el viejo condenado no lo hará.

Acabó dedicándole una sonrisa. Momentos después había perdido todo interés por la conversación. Intentó arreglar la mesa, pero eso consistía en recibir la tentación del periódico entreabierto.

Echó una última ojeada a Winocour. Se sentía confuso. Verdaderamente confuso. Pero la próxima candidatura resultaba clara. Stanley Winocour había ejercido una sabia presión sobre el público, hasta el punto de hacerles olvidar su feo aspecto.

Sabía lo que se hacía. Lo sabía condenadamente bien.

Cuando escuchó distraído el zumbido que provocaba el interfono estaba interesado por las carreras del hipódromo que se celebrarían el domingo. Steve amaba a los caballos, especialmente si encontraba en ellos el modo de ganar un puñado de dólares y olvidar a Josella.

«Daisy» era una buena yegua. Prometía. Steve desconfiaba de sus patas. Eran largas y sabían correr, pero también eran demasiado delgadas. Acabaría encontrando la gloria, pero no en el hipódromo, sino en el pajar de una caballeriza, después de haber creado un buen potro.

Tal vez «Joe», pensó. O «Ligth». Sí, ambos sabían correr. Cualquiera de ellos podía llevarse la mano, si ningún advenedizo les daba un susto. Pero un susto en el hipódromo era la cosa más natural del mundo y Steve lo sabía.

—¡Steve!

Levantó la cabeza.

—¿Qué hay?

—Grahan acaba de comunicarme que desea verte en su despacho.

Dio un salto.

—¿Ese viejo de Grahan? Hace más de un mes que no solicita mi presencia. ¿Qué te ha dicho el gruñón?

—Nada concreto. Simplemente que te presentes cuanto antes.

Steve adquirió un aire desenfadado.

—Ya lo ves, cariño. La Grahan-Engine se derrumba si no vengo a sostenerla. ¿Qué puede reprocharme esta vez?

Carroll empezó a reír.

—Apuesto que quiere crear algún nuevo folleto sobre los «mecanos» de Grahan-Engine. O tal vez una copia de las ventas de este mes. Ya sabes que adora las estadísticas. O quizás haya encontrado la manera de destruir a la Clasyus Robótica. No, no creo que sea eso. Lleva años intentándolo en vano.

—Nena, eres demasiado pesimista. Por supuesto que derrumbaremos a la Clasyus Robótica. Es cuestión de tiempo. ¿Sabes para qué me llama Grahan? Bien, te lo diré. Espera que le comunique cuál es el potro preferido en las carreras del domingo.

Ella no se rindió.

—Oh, vamos, Steve, ¿qué le interesa a Mel Grahan en este mundo, aparte de los miles de robots que fábrica?

—Se lo preguntaré.

Había empuñado el pomo de la puerta. Envío un guiño a Carroll y cerró la puerta tras él mientras entonaba una pieza de jazz.

II

Se encontraba en el pasillo 422.

Los pasillos o conductos eran las arterias que atravesaban la Grahan-Engine de un lado a otro. Un hombre que no pudiera orientarse tardaría horas en escapar del monstruoso edificio.

Steve calculó que debía subir dos plantas. Para eso debía llegar a uno de los ascensores más cercanos. Afortunadamente había *information-robots* por los más recónditos rincones de la Grahan-Engine.

Steve Lunch había decidido que ni Winocour ni Josella iban a estropearle aquella mañana, ni la melodía que estaba tarareando. Y no fueron ni Winocour ni Josella, sino uno de los malditos robots murales que controlaban los ascensores.

Fue cuando iba a penetrar en uno de los ascensores.

—No funciona, señor. Avería momentánea. Utilice el número XV.

El número XV estaba lo suficientemente lejos de allí como para que Steve se sintiera molesto.

—¿Cuándo demonios van a arreglarlo?

—No funciona, señor. Avería momentánea. Utilice el número XV.

Lunch levantó la vista y la clavó en el robot mural. Hasta entonces no se había dado cuenta en el parecido entre el robot y una estufa anticuada. Si Grahan adivinaba que pensaba así le soltaría un sermón.

No servía discutir con un robot. Y menos aún con un robot mural que solo sabía repetir una eterna cancioncilla.

En tanto se alejaba, escuchó con claridad el estribillo.

—No funciona, señor. Avería momentánea. Utilice el número XV.

Se perdió. Eso le ocurría a menudo. Nunca conocería aquellos condenados pasillos. Tardó más de lo debido en topar con el ascensor número XV. Estaba del todo vacío.

Eso le tranquilizó. No hubiera querido hablar con nadie.

Cuando abandonó el elevador, Steve empezó a organizar su equilibrio. Repetidas veces había ido al despacho de Mel Grahán. Y siempre había tenido problemas. Durante mucho tiempo había tenido problemas con los pasillos.

El suyo era el 422, muy bien. Pero aparte de ese, ¿conocía algún otro? Trató en vano de recordar cuál era el de las oficinas de Grahán. Sabía que llegar tarde a aquella llamada no era conveniente. Como tampoco lo era precipitarse. Tomarse el debido tiempo evitaba comentarios posteriores.

Pero el debido tiempo estaba pasando y Steve no hallaba la salida de la encrucijada. Consultó el número del pasillo cercano: 712. Aquel número no le dijo nada, pero un poco más allá se encontraba otro robot mural. Steve estuvo junto a él en unas zancadas.

—¿El despacho del señor Grahán?

—No puedo informarle, señor. Pregunte a un robot AB. Debe ir al otro lado del pasillo 712.

Iba a decir algo, pero se calló. Era lógico que un AB pudiera indicarle lo que necesitaba. Un A resultaba completamente inútil. ¿Por qué demonios se emperraba Grahán en crear robots A? Eran demasiado ineficaces. Pero Grahán era así. Ineficaz en muchas ocasiones.

Pero Steve sabía las diferencias entre un robot A y uno AB. Este último era doblemente costoso. Un robot mural A se limitaba a indicar la posición de un robot mural AB. Y el robot AB cumplía con la segunda parte del cometido.

El robot mural AB poseía la misma voz artificial que el A, pero resultaba más eficiente. Poco después había localizado Steve la ubicación del despacho de Mel Grahan.

Antes de llamar a la puerta se arregló la corbata, se alisó la camisa y aplastó sus cabellos precipitadamente. Sabía que penetrar en el despacho de Grahan de cualquier modo era un error.

Gracias a sus propios criterios había conseguido ganarse la amistad helada del director de la Grahan-Engine. Y en más de una ocasión le había demostrado que él no era un robot ni debería hablarle como a tal.

Pulsó el botón mientras miraba mecánicamente el rótulo a la altura de su cabeza: Dirección.

La célula fotoeléctrica tardó quince segundos en abrir automáticamente la puerta. Steve penetró y descubrió a la figura que se parapetaba tras la mesa. Era la obra de Grahan, la obra de veinte años de trabajos contra la materia electrónica.

Un mind-robot VIII.

Mel Grahan lo había adoptado como secretario, pero lo mismo podía ser su guardaespaldas como su confidente. Tal vez esto era excesivo, pero ¿había algún «mecano» capaz de ejercer el trabajo de un hombre en cualquier sentido? Si había alguno, era aquel que ahora tenía delante. El *mind-robot VIII*.

—¿Señor Lunch?

Siempre aquella voz átona.

—Diga.

—¿Ha recibido comunicación?

Vestía como cualquier jefe de departamento, pero actuaba con la precisión de una docena de ellos. Steve sabía lo muy orgulloso que se sentía Grahan acerca de él.

—Sí.

—Un momento.

Observó de qué modo el robot barajaba la minúscula centralilla. Se sentía impaciente, pero una larga experiencia